LA MATERIA DEL SILENCIO

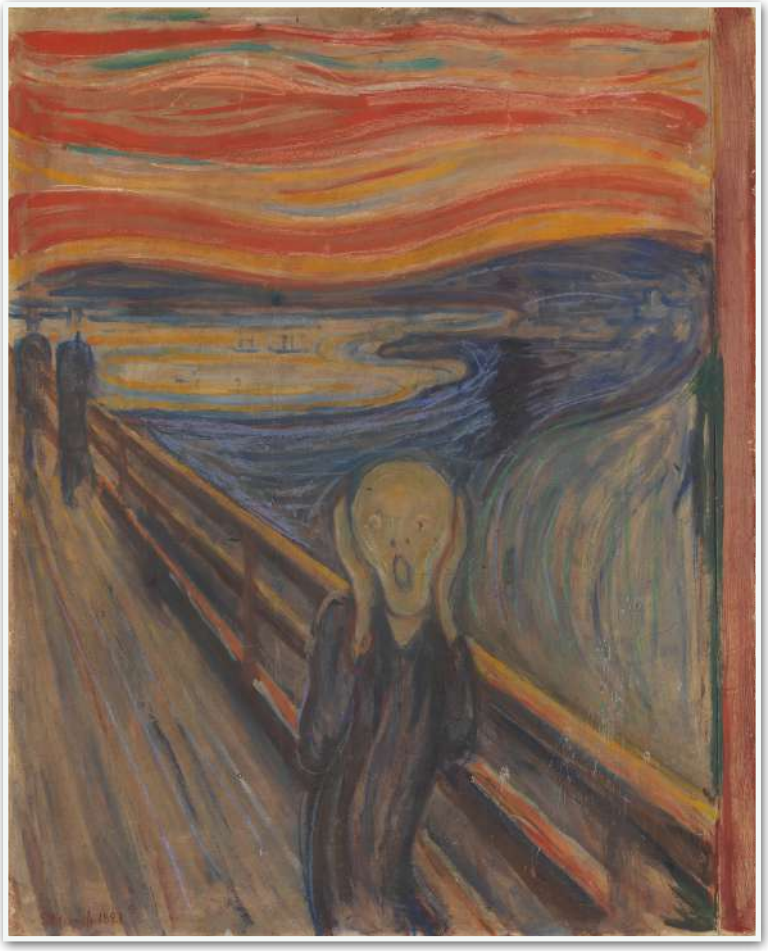
y varios intentos de haikus

Arturo Joaquín

Limpiar la mirada

Escribir y pintar nacen de una misma renuncia. No se trata de llenar la superficie, sino de retirar lo que sobra hasta dejar que el espacio respire. El arte despoja.
Diez lienzos convocados no para ser analizados, sino para funcionar como cristales. Al mirar a su través, la materia del mundo pierde peso y la palabra busca lo único que permanece cuando la voz se apaga. Una fisura por la que se cuela el aire.

Cerrar los oídos



Solemos pensar que la figura sobre el puente está gritando. Si miramos bien, sus manos no buscan amplificar el sonido, sino protegerse de él, apoyándose con fuerza en las orejas. El personaje de Munch no grita. Se tapa los oídos porque el mundo se ha vuelto insoportablemente ruidoso.
Bajo un cielo encendido como el fuego, el paisaje se deforma en olas y el puente parece estirarse hacia la nada. A su alrededor todo tiembla.

Aquí es donde comienza el viaje de este libro y la esencia de lo que me ha trasmitido el poeta *José Ángel Valente* (Orense 1929).
El silencio no equivale a una habitación vacía donde no se oye nada. Es, más bien, lo que descubrimos al aislar el ruido exterior para atender a nuestro interior. Para que nazca una palabra. Una palabra auténtica que cure, que emocione o que nos haga sonreír. Primero tenemos que perder la voz.

El personaje del cuadro tiene la boca abierta, pero de ella no salen ni quejas, ni peroratas. Se ha quedado mudo por la sorpresa y el miedo. Su cuerpo se ha convertido en un receptor completamente limpio.

Rojo en la líneas,
el puente hacia la nada.
Todo es oído.

La espera



Se apaga el ruido del mundo en este rincón de quietud. Un anciano descansa junto a la ventana, envuelto en una luz que acaricia el suelo. A su lado, una escalera gira hacia arriba y se pierde en la penumbra. No lee. No escribe. No busca.
Permanece.
La habitación parece hecha de cosas que el tiempo ha dejado atrás. Fragmentos de mundos caídos reposan en la sombra, mientras la claridad entra despacio, sin imponerse. La escalera de caracol ya no es arquitectura, sino un giro hacia las estancias interiores.
Aquí el silencio no está vacío.
Espera.

Mundos caídos.
La luz une los trozos
gira el silencio.

El límite



Toda la tierra cabe en una mirada solitaria, suspendida en el límite exacto donde el mundo se deshace. Delante la caída de las aguas y, arriba, la noche empieza a ganar al cielo.
No hay barca para poder pasar, ni siquiera orilla que guarde el regreso. Queda solo el ancla de la paciencia.
Allí donde se mide la distancia entre la arena y la nada, no busques el pájaro en el aire ni persigas el rastro que guíe el viaje. Tu cantar es ahora este silencio y una mancha blanca que resiste oculta en el confín del cuadro.

Mar infinito.
La barca será silencio,
nada la mirada.

La desaparición



El rostro no se sostiene. Es una herida de grafito que araña la tela hasta romperla. Aquí no hay pintura sino vaciado. La existencia no puede ser un volumen encerrado en este temblor.
Nace algo que no puede permitirse ningún lujo. Una voz que apenas articula un monosílabo.

Voz entre ruinas:
en la fisura ceniza
se apaga el rasgo.

Borrar

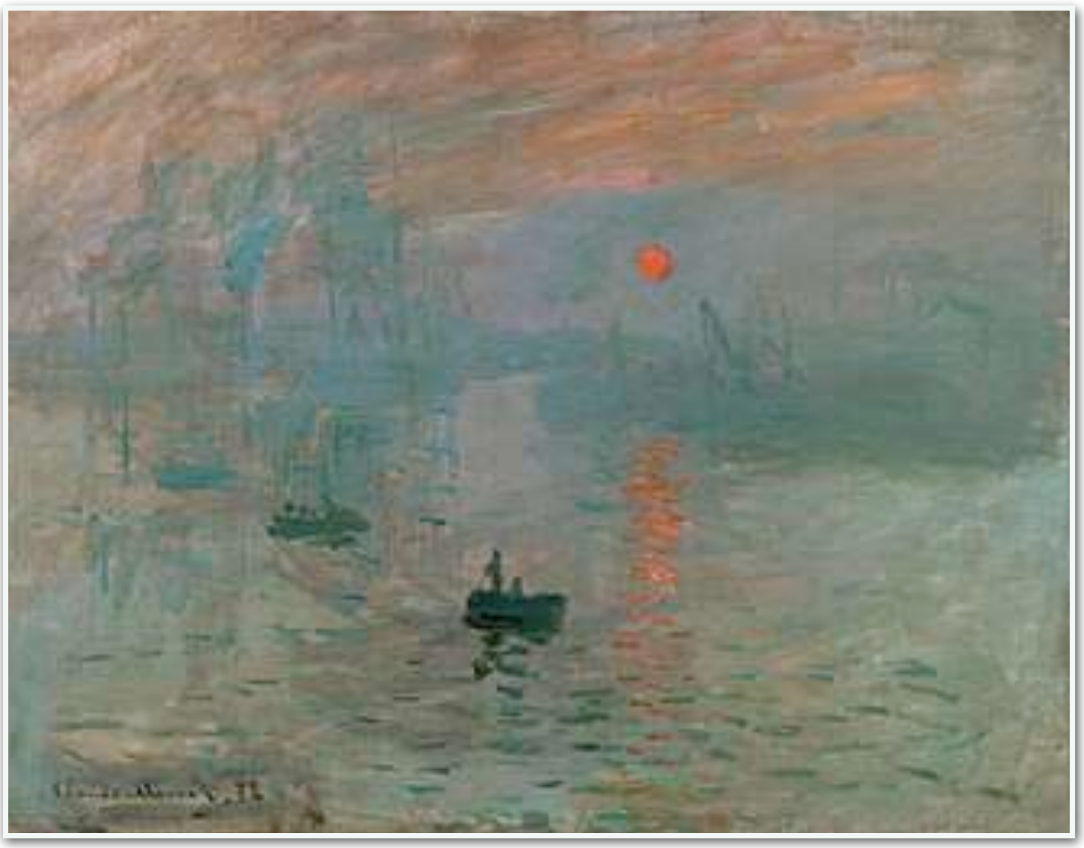


No hay paisajes, ni personas, ni historias que contar. Un cuadrado negro sobre un fondo blanco se alza como la renuncia total a las formas, nos asoma a una noche sin coordenadas.

La verdad exige limpiar la mirada de todo lo que distrae hasta dejar el lenguaje intacto. El negro no es aquí la muerte de la luz, sino el lugar donde el universo está más concentrado.
Si se sostiene la mirada ante el vacío, las fisuras del temple revelan el fondo. La claridad no viene desde fuera, sino que brota desde dentro de la propia oscuridad.
Perder las respuestas es aprender a ver en la penumbra y escuchar, al fin, el latido de un blanco que nunca se apaga.

Pared de sombra.
En la grieta del negro
nace el blanco.

Disolver



El agua del puerto y el aire de la mañana se funden en una misma niebla. Las barcas son solo manchas y las chimeneas del fondo parecen fantasmas. Nada está quieto. El disco del sol naciente brilla en el cielo, dejando un rastro de luz sobre el agua.

Casi siempre buscamos formas, nombres y fronteras. Queremos saber dónde termina una cosa y dónde empieza la otra. *Monet* nos propone una mirada distinta: transparente y fluida. Nos enseña a ver las cosas no como objetos duros, sino como instantes de luz.

La mirada verdadera no atrapa la realidad. Se desliza por ella. No dibuja el contorno de los barcos porque sabe que todo en la naturaleza está de paso. El agua refleja el cielo y el cielo se disuelve en el agua.
Para escribir con esta misma vibración, no hay que apoyarse en verdades absolutas. El poema es un lugar donde las palabras pierden su contorno.

El cielo flota,
el agua se va disolviendo
en la mañana.

El intervalo



Cuando en el *Museo del Prado* el arte se vuelve humilde. No hay grandes batallas ni gestos grandilocuentes. Solo cuatro objetos cotidianos alineados frente a una noche absoluta. Un plato de metal, una taza dorada, una jarra de barro blanco, un búcaro rojizo. Cada pieza guarda su distancia. No se tocan. Parecen conversar en voz baja.

Quizá el misterio no esté en ellos, sino en el espacio que los separa. Ese aire oscuro les permite respirar, les concede su lugar. La luz llega de lado y no busca deslumbrar. Apenas los descubre También la palabra necesita esa distancia. Un poema no vive solo de lo que dice, sino de aquello que deja alrededor. A veces basta con apartar una palabra de otra para que entre la luz.

Fondo de noche,
una luz de costado
mide el misterio.

Arder



Este cielo no fluye, embiste. Se desploma como una masa azul sobre la tierra. La pincelada no dibuja el trigo. Lo acuchilla. Empastado, denso, un furor desatado antes de la siega. El camino no conduce a ninguna parte. Se quiebra en la maleza mientras el aire pesa como un bloque de plomo. *Vincent* no pinta un paisaje. Ejecuta una sentencia de muerte en la hoguera.

Los cuervos son esquirlas expulsadas por la herida del surco que se abre en el centro. Todo parece arder hasta consumirse en su grito. La voz no puede cantar esto con serenidad.

Cielo de plomo,
brotan del trigo que arde
negros los cuervos.

Encarnar

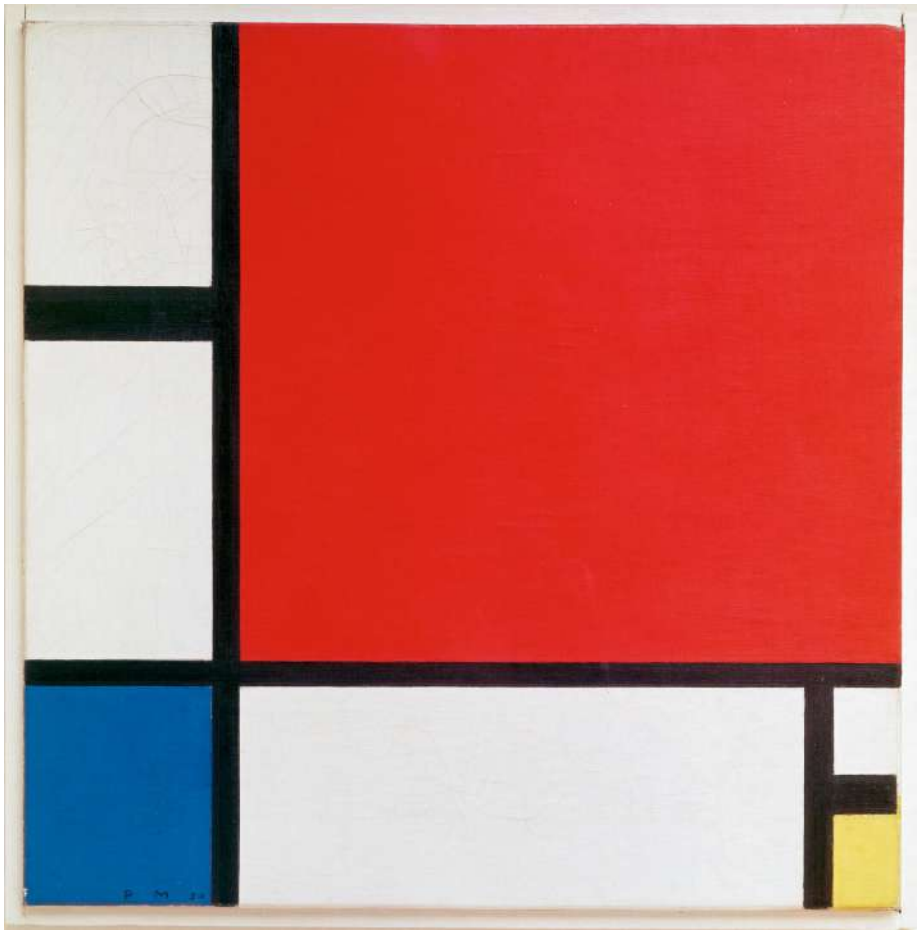


En un porche de columnas finas y arcos limpios, dos figuras se encuentran. A la izquierda, el *ángel Gabriel* inclina su cuerpo. Sus alas de colores aún vibran por el viaje. A la derecha, la *virgen María* está sentada sobre un taburete de madera. Cruza las manos sobre el pecho. Acepta el mensaje. No hay gestos exagerados. En medio de los dos, el suelo vacío es el verdadero protagonista. Un lugar donde la luz descansa.

Este cuadro representa el milagro de dar cuerpo a la palabra. Casi siempre creemos que el lenguaje sirve para inventar historias. Sin embargo, esta obra de arte busca el momento en que lo invisible baja a la tierra. El mensaje del ángel no es un discurso. Es un soplo de aire que entra en la habitación desnuda y se transforma en algo vivo.
El porche abierto hacia el jardín manifiesta que la palabra necesita ser protegida para tomar forma. Encuentra así su intimidad en un suelo de piedra, donde el mensaje y la luz se saludan con respeto.

Alas de luz,
en el suelo de piedra
cesa el viaje.

Callar



El viaje del libro alcanza su destino.
Piet Mondrian reduce el universo a su forma más pura. Líneas negras que se cruzan, tres colores y un fondo blanco que lo inunda casi todo. Ya no queda rastro del dolor del campo de trigo, ni de la niebla del puerto, ni del cuerpo que se desgasta.
Las líneas negras no dibujan objetos. Funcionan como diques que contienen la pureza del color.

Esta geometría representa el regreso al silencio. A lo largo de estas páginas hemos visto cómo la palabra nacía del asombro, esperaba en la oscuridad, se asomaba al mar y tomaba forma en el papel. Pero el destino final de todo canto es volver a callarse.

Los rectángulos blancos no son espacios vacíos por descuido. Son zonas de armonía. El rojo, el azul y el pequeño amarillo de la esquina no pelean entre sí. Se complementan para dar equilibrio a las emociones más intensas a través de la calma.

Líneas negras
en el rectángulo blanco.
Calla la luz.

Índice de obras

"El grito" (Edvard Munch)

"Filósofo en meditación" (Rembrandt)

"El monje junto al mar" (Caspar David Friedrich)

"Retrato de Diego" (Alberto Giacometti)

"Cuadrado negro" (Kazimir Malévich)

"Impresión, sol naciente" (Claude Monet)

"Bodegón con cacharros" (Francisco de Zurbarán)

"Campos de trigo con cuervos" (Vincent van Gogh)

"La Anunciación" (Fra Angélico)

"Composición en rojo, azul y amarillo" (Piet Mondrian)

© 2006, de "La materia del silencio", Arturo Joaquín

www.palabrasdearturo.es
naranco@hotmail.com